

## CENTENARIO DE LA BATALLA DE LA TABLADA

(CONTRIBUCIÓN HISTÓRICA)

---

*Entre las ricas colecciones que forman parte de la Biblioteca de la Universidad Nacional de Córdoba, figura una completa de la "Revue des Deux Mondes", cuyo primer número apareció en París el año 1831 sucesora de la publicación francesa "Le Journal des Voyages".*

*En el tomo tercero, correspondiente al año 1832, pág. 273, se encuentra un trabajo del señor Teodoro Lacordaire, (1) a propósito de la batalla de la Tablada, escrito en Francia poco después de su regreso de un viaje efectuado a la América del Sud.*

*La circunstancia de ser, relativamente, poco conocido el trabajo aludido, la dificultad, para la generalidad, de conseguir la obra y el alto interés que despierta el tema, máxime cuando se trata de una crónica detallada de sucesos relatados por testigo de vista, al mismo tiempo que imparcial, como así también la de que está muy próximo a celebrarse el primer centenario del episodio de la Tablada (ocurrido el 22 de Junio de 1829) nos ha inducido a traducir a*

---

(1) N. del T. *Lacordaire* (Juan Teodoro). Entomólogo y viajero francés. Nacido en 1801, fallecido en Lieja en 1870. Hermano de Enrique, el célebre predicador de la Orden Dominicana.

*nuestro idioma la meritoria producción del señor Lacordaire. (2)*

*Se ha procurado mantener en todo lo posible, el estilo originario, añadiéndose por el traductor algunas notas destinadas a recordar ciertos sucesos que facilitan la comprensión de lo tratado por aquél, al propio tiempo que suplen el silencio del articulista sobre algunos, obligado a ello, sin duda, por la exigencia de la brevedad.*

JUAN GUALBERTO GARCÍA.

---

(2) N. del T. Don Domingo Faustino Sarmiento, en su "Facundo" se refiere al trabajo del señor Lacordaire con estas palabras: "la batalla de la Tablada es tan conocida, que sus pormenores no interesan a nadie ya. En la "Revue des Deux Mondes" se encuentra brillantemente descripta...."

El señor Paul Groussac, en su "Crítica literaria" (pág. 226), también menciona a don Teodoro Lacordaire, al hablar de su hermano Enrique, el dominico, y alude a los viajes de aquél, habiéndole personalmente oído hablar de éstos cuando era muy pequeño. El mismo señor Groussac en los números del 19 y 28 de Octubre de 1921, del diario "La Prensa", ha publicado una interesantísima crónica sobre "Córdoba en 1829" y en ella alude, en buena parte, a la producción de Lacordaire.

También en "Los Principios", de ésta, en el número de 18 de Octubre de 1921 se publica una crónica parecida a la de "La Prensa", citada, y que lleva la firma del señor Groussac.

## La batalla de la Tablada

POR TEODORO LACORDAIRE

---

### *Episodio de las guerras civiles de Buenos - Aires*

(Extracto de un diario de viajes en la América del Sud).

La lucha que acaba de terminar, hasta nueva orden, entre los partidos unitario y federal que se disputaban el poder de la República Argentina, ha pasado desapercibida en medio de acontecimientos más graves y más personales producidos a nuestro alrededor. Apenas si ha preocupado la atención de las personas que, después de la emancipación de las colonias españolas, han querido seguir los cambios que ocurrían en su seno. Es necesario reconocer, por otra parte, que las disensiones, sin fin, que agitan a las nuevas repúblicas sobre sus poco fijos cimientos, se han vuelto tan mezquinas y manciulladas por el interés personal, en tal forma complicados los motivos que inspiran el proceder de los jefes y su actuación en los acontecimientos, que la casi totalidad de los lectores, no comprendiendo ya nada, se ha alejado con desagrado de este país que ha burlado tantas esperanzas generosas. Los campos de Ayacucho, que han bebido la sangre derramada por los últimos españoles debían ser el último lugar de matanza; pero lejos de eso cien otros han visto correr sangre americana vertida por americanos; y el fragor de distantes combates ha llegado tan frecuentemente hasta nuestros oídos que a ello se han acostumbrado, desdeñando retener los nombres de esos infortunados días. Su recuerdo muere con la hoja del diario que, de paso, los registra en sus columnas. Es uno de esos nombres desconocidos el que el autor de este artículo hoy exhuma, no para preparar una página de historia, todavía a escribirse, de las guerras civiles de América y relatar que nueva combinación política salió de la sangre que ha visto derramarse, otros se encargarán de esa tarea, sólo desea agregar un nuevo rasgo al bosquejo ya comenzado de las costumbres americanas y tratar de pintar sobre el cam-

po de batalla a esos “gauchos” (3) medio salvajes, que desde hace algún tiempo han interesado tan vivamente nuestra curiosidad. Habiendo vivido entre ellos largo tiempo, ninguna de sus costumbres le ha sido desconocida, ni las correrías de sol a sol, en las Pampas, ni las noches pasadas bajo la bóveda celeste, cerca del fuego medio apagado, ni nada, en fin, de lo que puebla de recuerdos y añoranzas la memoria del viajero.

Una rápida ojeada sobre la situación de la República Argentina en el mes de Junio de 1829, época en la cual se libró la batalla de la Tablada, y sobre los acontecimientos que la determinaron, precederá a mi narración.

La guerra con el Brasil había terminado desde los últimos meses del año anterior; la independencia reconocida por el tratado de paz, y el pabellón del nuevo estado, pálida imitación del de los Estados Unidos, flotaba sobre las murallas de Montevideo. (4)

Tal había sido el glorioso resultado de una guerra de tres años en la cual el peso había gravitado sobre la provincia invadida por el Brasil y sobre la de Buenos Aires; porque las del interior habían tomado poca parte en esta guerra nacional donde se jugaba el honor y la existencia de la república. Unas se encontraban demasiado lejos para que la independencia de Montevideo las afectara vivamente, otras demasiado escasas de recursos y de población para tomar parte activa en la lucha; casi todas animadas de un sentimiento de odio inveterado contra Buenos Aires, veían, a lo menos, con indiferencia las ventajas resultantes de la victoria, en la cual esta provincia debía retirar todo el fruto. Esta vergonzosa envidia respondía a varias causas; desde luego, a los hábitos de la misma España, que la han dividido, por decirlo así, en tantas naciones como provincias tiene y convertido el catalán, el andaluz y el gallego, en extraños los unos a los otros; después, a la vieja política de la Metrópoli, que lejos de fundir sus vastas colonias en una comunidad de intereses y afectos recíprocos, había tratado siempre de aislarlas unas de otras, a fin de asegurar mejor su dominación sobre todas.

(3) N. del T. En el original el autor emplea la palabra en castellano.

(4) *Nota del autor*: “este pabellón está formado de bandas horizontales alternativamente rojas y blancas con un cuadrado rojo cubierto de estrellas en uno de los ángulos.”

En fin, puede ser que no fuera sin razón el que Buenos Aires fuera acusada de querer centralizarlo todo en su provecho, valiéndose para esto de su situación sobre el litoral, de la iniciativa tomada por ella en el momento de la declaración de la independencia y de la reunión de hombres esclarecidos que poseía en su seno. También en el interior el nombre de Porteño <sup>(5)</sup> pocas veces despertaba, en favor del que lo llevaba, sentimientos de benevolencia y más de unos labios pronuncjándolo dejaban escapar una sonrisa que revelaba todo el odio del cual era objeto. Sería, sin embargo, superficial atribuir a sólo esas causas los sentimientos de hostilidad de los cuales acabo de hablar. Era, en el fondo, la lucha de viejas costumbres estacionarias del país, de hábitos locales transmitidos de generación en generación contra la moderna civilización que busca introducirse en América con sus inflexibles doctrinas y su nivel desapiadado para las afecciones particulares. La sombra del medioevo subsistente aún en España ha vencido más que nuestras armas la revolución de 1820; transportadas en otro tiempo a América por los primeros “conquistadores”, <sup>(6)</sup> costumbres que se mantienen poderosas como para retener a los pueblos a su pesar, en el camino trazado por sus padres. No hay que engañarse, en efecto, la América española, a pesar de estar trabajada, por cien revoluciones, no es tabla rasa donde el primer legislador aparecido, conquistador o pacífico, pueda gravar con la punta de su espada, o a fuerza de decretos, las leyes que juzgue más en armonía con las ideas actuales. La fuerza de la inercia, que los pueblos oponen en semejantes casos, es allí más poderosa que en parte alguna y sus declaraciones de principios, sus constituciones apresuradamente improvisadas, de las cuales los veinte congresos americanos han sido pródigas, a semejanza de nuestras asambleas políticas, no han tenido existencia más que en el papel. Apenas salvadas las puertas del recinto legislativo que las vió nacer expiran en las provincias, a las cuales deben llevar la felicidad, por falta de un pueblo que las comprenda y de hombres que les proporcionen vida.

Según esto los dos partidos, unitario y federal, representan, exactamente, el uno, la civilización tal como la hemos hecho, el otro, aquella que gobierna España; por aproximación singular

(5) N. del T. En el original así se emplea la palabra.

(6) N. del T. En el original la palabra está escrita en español.

se encontraban los dos, en cuanto al número, al talento de sus miembros, a su influencia sobre el país, en la misma posición que los liberales y los absolutistas de la metrópoli bajo el reinado de la Constitución. Los unitarios, teniendo a su cabeza a Rivadavia, la primera capacidad política de América, esgrimían el poder en el momento en que estalló la guerra con el Brasil, contando sus filas con los hombres más esclarecidos de la república. Por todos los medios llamaban a la civilización de Europa con sus ciencias, sus artes y las satisfacciones que esparcen sobre la vida. Buscaban de buena fé realizar las doctrinas profesadas por los más famosos publicistas modernos, cuyos escritos les eran familiares. Los numerosos extranjeros establecidos en el país encontraban en ellos una protección asegurada y los favorecían con todos sus votos. Los federales reconocían, en cierto modo, por jefe, un hombre para quien el contacto con el poder ha significado la muerte y cuyo trágico fin ha hecho olvidar los errores: el infortunado Dorrego. Menos numerosos que sus rivales, aún en Buenos Aires, poseían otra bien distinta influencia en la campaña y las provincias del interior. Más apegados a las viejas costumbres del país, no disimulando su inquina respecto a los extranjeros, habían gustado por eso y por su aire más popular a los gauchos cuyo razgo característico es una pronunciada repugnancia por todo el que no sea oriundo del país: *hijo del país* (7), según su enérgica expresión. El clero, cuya influencia había recibido de Rivadavia un golpe mortal — a excepción de un pequeño número de sus miembros — empleaba a su favor la que le quedaba. Además, los gobernadores de las provincias elevados a ese cargo por una usurpación más o menos disimulada prevenían en el porvenir la pérdida del poder, si la centralización (8) llegaba a operarse y trataban de impedirla por medios que llegaban hasta el alzamiento contra el Congreso que discutía entonces la forma definitiva de gobierno a establecer en la República. La guerra con el Brasil en esa época estaba en todo su vigor y esa asamblea desde el lugar donde celebraba sus sesiones podía oír el

(7) N. del T. Está en español en el artículo.

(8) Nota del articulista: "Esta palabra centralización no expresa aquí un estado de cosas parecido del cual Francia sufre en estos momentos sus consecuencias. La Provincia de Buenos Aires no había tenido la pretensión de regular los intereses de la última aldea de la República. Quería solamente dar a ésta la unidad política que le faltaba."

cañón de la escuadra brasilera que bloqueaba la rada, cuyos barcos cruzaban el horizonte sin cesar. Después de largas y borrascosas discusiones los unitarios prevalecieron por considerable mayoría y vió la luz la nueva constitución, conteniendo, en substancia, el establecimiento de un Congreso puramente depositario del poder legislativo, el de un presidente encargado del poder ejecutivo con la facultad de nombrar los gobernadores de las provincias y, en fin, la creación en cada una de éstas de una cámara de representantes encargada de la confección de leyes de necesidad puramente local.

No había más que hacer aceptar esta constitución por las provincias y ahí radicaba toda la dificultad; porque a medida que se la preparaba, la prensa federal no había cesado de atacarla con la más extremada violencia y era toda poderosa en el interior. (9) Creyóse poder salvar este obstáculo enviando diputados miembros del Congreso acerca de cada gobernador federal, encargados de hacerles conocer su obra, e invitarlos a la unión tan necesaria durante una guerra exterior. Estos enviados regresaron sin haber obtenido nada; la mayor parte no habían sido recibidos oficialmente o habían sido objeto de una acogida despreciativa, y hasta algunos despachados sin ser oídos. Esto pasaba en el mes de Junio de 1827. Casi al mismo tiempo un plenipotenciario (10) enviado a Río Janeiro para tratar la paz, bajo la influencia de Inglaterra, volvió con un tratado preliminar conteniendo consideraciones tan afrentosas, que la opinión pública se sublevó rechazándolo por consenso general. Los federales acusaron sin ambages al gobierno de traición a la patria. Entonces el Presidente Rivadavia, cuya posición se hacía imposible guardar, presentó su dimisión y con él se escapó el poder de las manos de los unitarios. Los federales se apoderaron de él; el Congreso fué disuelto, una cámara de representantes de la provincia fué convocada y Dorrego nombrado gobernador. Su administración no experimentó ningún obstáculo porque el ejér-

(9) Nota del articulista: "En esta época *once* periódicos cuotidianos y hebdomadarios aparecían en Buenos Aires, de los cuales dos eran redactados en inglés y uno en francés; la mayor parte se ocupaban exclusivamente de política, haciéndose todos una guerra tan encarnizada como la que los nuestros se hacían en ese momento. Además, en las provincias existían muchos otros."

(10) N. del T. El Dr. don Manuel José García (ver "El Gral. José M. Paz, sus campañas y sus doctrinas", del Sr. Teniente Coronel don Juan Beverina, pág. 29. Buenos Aires, 1925.)

cito se encontraba entonces en territorio brasilero y no había tomado parte en esos cambios, pero era fácil prever que, en definitiva, sería ese ejército quien decidiría de la suerte de la república. Las cosas permanecieron en este estado hasta el final de 1828, cuando una paz gloriosa fué impuesta al Brasil y la independencia de la provincia de Montevideo reconocida.

El ejército regresó a Buenos Aires bajo las órdenes del general Lavalle; pocos días después derribó al gobierno. Esta revolución, que recibió el nombre de *movimiento del primero de Diciembre*, fué la señal de una guerra civil que comenzó bajo felices auspicios para los unitarios, pero que, más tarde, debía devorarlos. Lavalle, nombrado gobernador pocos días después, tuvo que combatir a Dorrego que había huido a la Campaña donde había reunido a sus partidarios ayudado por un hombre que gozaba de inmensa influencia sobre los gauchos, Juan Manuel Rosas, <sup>(11)</sup> hoy día gobernador de Buenos Aires. Vencido en el primer encuentro que tuvo lugar, Dorrego fué apresado, condenado a muerte sin forma de proceso y en seguida ejecutado. Rosas lo reemplazó y continuó las hostilidades. López, gobernador de la provincia de Santa Fé, se le unió, y los dos, unas veces vencidos y otras vencedores, en una serie de pequeños combates, avanzaron hasta las puertas de la ciudad. Antes de que hubieran tomado una actitud tan amenazante, Lavalle había desprendido un cuerpo de dos mil quinientos hombres, aproximadamente, bajo las órdenes del General Paz, militar de alguna reputación y hombre moderado, para derribar a los gobernadores federales del interior.

He aquí cómo estaban colocadas las varias provincias de la república en pro o en contra de la de Buenos Aires. Entre Ríos, Corriente y Misiones observaban una especie de neutralidad, listas a abrazar el partido del más fuerte. Santa Fé, Córdoba y La Rioja eran federales, secundadas por San Luis y Mendoza. Tucumán y Santiago del Estero se habían plegado al partido unitario y la misma opinión dominaba, aunque débilmente, en San Juan y Catamarca. En cuanto a las provincias de Salta y Jujuy, demasiado lejos del teatro de los acontecimientos, parecían no tomar ninguna parte en ellos.

(11) N. del T. En el original dice " José". El error es tan patente que no se ha trepidado en la corrección.

Por lo demás, lo que lanzaba a esas provincias en tal o cual partido no era tanto la opinión de los pueblos como la de los hombres que la casualidad había puesto a regir sus destinos. Entre esos jefes, solo dos, pertenecientes al partido federal, son dignos de mención especial. El primero era Bustos, gobernador de Córdoba, la provincia más rica y más poblada después de Buenos Aires. Desde muchos años atrás se había apoderado del poder y se había mantenido en él más bien por su habilidad para la intriga que por la violencia; no podía reprochársele el ser afecto al derramamiento de sangre. Todas las conspiraciones contra su persona se resolvían en multas impuestas a los culpables, las que tornaban en provecho de su avaricia que ningún medio desdeñaba para satisfacerse. Un simulacro de Cámara de representantes, que había conservado, sancionaba todos sus deseos, contribuyendo a robustecer su poder. La importancia de la provincia que gobernaba le hacía aparecer a pesar de su escaso talento para la guerra, como el jefe del federalismo en el interior, siendo su caída lo que más interesaba al partido opositor. El segundo de esos hombres era Quiroga. Muy diferente del anterior era uno de esos espíritus sombríos y determinados, cuya voluntad inflexible marcha a su fin a través de la sangre y del crimen. La voz pública lo acusaba de fechorías sin número cuyas más antiguas habían mancillado su juventud.

Había recibido el nombre de *Tigre de la Rioja* <sup>(12)</sup>. Esta desgraciada provincia gemía encorvada bajo su yugo de hierro y la muerte era la consecuencia del más leve atentado a su poder. Su fuerza, su destreza a caballo y en los ejercicios del cuerpo, su audacia y el terror que inspiraba, le habían hecho adquirir un ascendiente ilimitado sobre los gauchos, dispuestos siempre a responder a la voz del primer jefe intrépido que los llame. He visto de cerca a este Tigre de la Rioja y nunca pasiones más trágicas se reflejaron sobre fisonomía de más nobles rasgos.

El reducido ejército mandado por el General Paz franqueó sin encontrar obstáculos, las ciento setenta y cinco leguas que separan Buenos Aires de Córdoba. Bustos reveló en la proximidad del peligro, toda la irresolución de su carácter y su profunda nulidad militar. Hesitó hasta el último momento entre dos partidos:

---

(12) N. del T. En castellano en el artículo.

combatir el enemigo que avanzaba o acogerlo sin demostraciones hostiles, esperando, sin duda, que esta sumisión voluntaria sería reconocida para el mantenimiento de su autoridad. No se decidió sino viendo a Paz a las puertas de Córdoba saliendo a su encuentro con una escasa tropa que algunos cañonazos bastaron para ahuyentar. (13) El mismo solo debió su salvación a la ligereza de su corcel perdiendo en la fuga los papeles que llevaba consigo. Se refugió en la Rioja y Paz entró sin resistencia en la ciudad que él tan mal había defendido.

Su primer cuidado después de haber cambiado de autoridades fué organizar la milicia y pedir refuerzos a Tucumán, la provincia amiga, pensando con razón que Quiroga no permanecería como tranquilo espectador de la caída de su colega.

En efecto, el impetuoso gobernador de la Rioja hizo un llamado a sus gauchos y después de haberlos juntado tomó el título de *general en jefe del ejército de hombres libres y defensor de la religión*. A hombres menos ignorantes este último título les hubiera parecido una amarga irrisión, pero fué tomado al pié de la letra y los escapularios que él distribuyó a sus gentes, fueron recibidos con entusiasmo sin que repararan en la mano que los había tocado. A los ojos de ellos los unitarios eran herejes enemigos de la religión, que trataban de destruir, introduciendo en el país las doctrinas impías de la Europa. Quiroga se puso en marcha y llegado al pié de esa cadena de montañas, indicada en los mapas bajo el nombre de *Sierra de Champanchin* (14) la rodeó en vez de atravesarla para marchar directamente a Córdoba (15). El camino de esta ciudad a San Luis pasa por cerca de la extremidad de esta ca-

(13) N. del T. Sin duda se refiere el articulista a la Batalla de San Roque, dada el 22 de Abril de 1829, según "Memorias póstumas del general José Ma. Paz", pág. 31.

(14) N. del T. Así escrito en el original.

(15) "El General Paz", dice el Tte. Coronel Beverina en su obra citada, (pág. 160) "no tardó en apreciar cuál sería la dirección más probable de avance de su enemigo; en consecuencia, no deseando ser sorprendido, ni quedar encerrado en la ciudad, resolvió marchar a su encuentro por el camino del Norte, situándose, por el momento, con sus tropas en el lugar llamado *Ojo de Agua*. Pero muy pronto, recibió la primera de las muchas sorpresas que le depararía la actuación desconcertante de su adversario. El caudillo Quiroga, en lugar de continuar su avance sobre la ciudad de Córdoba, desde *Serrezuela* se inclinó hacia el Sur, en dirección a la Provincia de San Luis, costeano por el occidente la *sierra grande*, por el camino de *Pocho a San Javier*."

dena y cayendo por ahí sobre Córdoba, el general evitaba el encuentro con los Tucumanos, que sabía en marcha para unirse al ejército unitario. A su pasaje, en todas partes, obligaba a los ciudadanos a reunírsele y una vez llegado al camino de San Luis a fines de Mayo de 1829, sus fuerzas se elevaban a cuatro mil quinientos hombres, escaso ejército para nosotros, acostumbrados a ver conducir grandes masas sobre el campo de batalla, pero considerable, si se tiene en cuenta la escasa población de América.

Mientras esos acontecimientos se producían en el interior, los unitarios eran estrechamente encerrados en Buenos Aires por López y Rosas, que bloqueaban la ciudad con doce mil hombres. Bandas, que apenas reconocían su autoridad, recorrían la campaña, a alguna distancia, dedicándose al saqueo, sembrando la desolación, y para que ningún mal le fuera aborrido a este infortunado país, los indios, aprovechando las disensiones internas, avanzaron hasta el corazón de la república, asesinando, de acuerdo con su costumbre, a todo el que caía en sus manos, llevándose los ganados después de incendiar las propiedades. Habían destruido muchas postas sobre el camino de Buenos Aires a Córdoba y desolaban los alrededores de la pequeña ciudad de San Luis, situada sin defensa en medio de las pampas y la más expuesta a sus incursiones. En el mes de Enero, trescientos hombres, la flor de la población de esta Provincia, que no cuenta más que con quince mil habitantes, habían sucumbido sin escapar uno solo buscando rechazarlos al desierto. Así, hacia cualquier lado que se dirijiera la vista, los Indios, la anarquía, la guerra civil y todos los males que son su consecuencia, parecían haberse dado cita en este infortunado país.

Me dirijía en esta época de Chile a Buenos Aires con otros franceses atraídos por negocios comerciales al mar del Sud y que habían preferido esa ruta para volver a Europa evitando el temido cabo de Hornos: era una empresa bastante aventurada el atravesar el Continente Americano en medio de la guerra civil, los obstáculos parecían nacer a nuestro paso para detenernos en la marcha. Las noticias más alarmantes circulaban de boca en boca y los habitantes de los lugares por donde pasábamos nos pedían encarecidamente y a cada momento que no siguiéramos más adelante. Según sus manifestaciones infaliblemente debíamos ser asesinados, a pocas leguas de allí, por bandas que recorrían, se nos decía, los alrededores y

que testigos oculares habían visto en sitio determinado que designaban. Las mismas autoridades algunas veces se rehusaban a entregarnos pasaportes para evitar el cargo de conciencia de la muerte segura a que nos exponíamos. En Mendoza esta formalidad nos había retenido más de un mes. En San Luis, los Indios que cercaban la ciudad nos obligaron a quedar en ella más de quince días, tomando parte en la defensa común, juntándonos a los principales habitantes en la casa del gobernador, cuya construcción preservaba de un golpe de mano de parte de aquéllos. Cuando se hubieron retirado con su botín se nos dejó partir y a fin de evitar el ejército de Quiroga, que suponíamos entonces llegado al camino de Córdoba, donde queríamos dirigirnos, resolvimos atravesar la sierra de Champanchin. <sup>(16)</sup> Faltó poco para que esta determinación nos fuera fatal; porque Quiroga había marchado con menor rapidez de la que habíamos calculado, retardándonos tres horas nos habríamos dado con su retaguardia, antes de llegar a Piedra Blanca pueblito situado al pié de la sierra. Salvamos ésta en pocos días y el primero de Junio entrábamos en Córdoba.

• Esta ciudad es del pequeño número de aquellas que, en América, despiertan recuerdos que se atan a las más nobles obras del hombre. Las otras, por lo general, no ofrecen más que vestigios de guerras antiguas o recientes, o bien el viajero busca en vano algunos acontecimientos en el largo sueño en el cual han dormido desde su fundación. Cuando los jesuitas eran todo poderosos en esas regiones y (necesario es decirlo, apesar de la reprobación que en la actualidad se acompaña a su nombre) cuando ellos difundían las ciencias y las artes de la Europa, Córdoba había sido elegida por ellos para ser el centro de su dominación intelectual. Habían fundado allí una Universidad a la que acudían los estudiantes del Alto Perú, de Chile y de Buenos Aires. Hoy día, el edificio que la encerraba, se encuentra aún en pié con los templos y los otros monumentos: su obra! pero su recinto está desierto, y un colegio, más moderno, reúne a un pequeño número de jóvenes pertenecientes, casi todos, a la ciudad. Sólo resta a Córdoba el recuerdo de lo que era y ese extraño encanto que acompaña a todas las ciudades españolas. Quién es aquél que habiendo recorrido las colonias de esa

---

(16) N. del T. Está así escrito en el original.

Nación, tan grande en otro tiempo, con ojos para ver y un alma para sentir, no haya traído consigo, alguno de esos recuerdos que no puedan borrar las agitaciones de nuestras sociedades desconcertadas? Esas ciudades expuestas al sol, con sus azoteas, sus casas blancas de tres patios, sus calles cortándose todas en ángulo recto y desiertas a la hora de la siesta, esos edificios en los que la arquitectura morisca se enlaza a la arquitectura de la Edad Media, esas costumbres impregnadas de un reflejo de las costumbres del Oriente, esas mujeres de andar gracioso que ocultas durante el día, aparecen en multitud en las primeras horas de la noche; Córdoba ofrece todo eso, como Lima, Santiago y Buenos Aires. Su suelo mismo se empareja bien con recuerdos de la civilización árabe. Situado sobre los bordes de una vasta región arenosa y árida, que desde el pié de los Andes se extiende a lo lejos en todas direcciones, no se percibe de lo alto, de esas azoteas más que ligeras alturas de arena cubiertas de arbolillos semejantes a los de Africa, mezclados con cactus, pitas y otras plantas gordas (17) que no se crían sino en terrenos rocosos. De cuando en cuando algunos pastizales modifican el paisaje y en el horizonte del oeste, a poca distancia, aparece la sierra, cuya cadena ennegrecida va a juntarse al Norte con las montañas del Tucumán. El Río Primero toma allí nacimiento, y después de haber bañado la ciudad, que está situada sobre sus orillas, se dirige al Este, donde se pierde en las lagunas de las pampas. Agréguese a esto un cielo de una pureza inalterable durante casi todo el año, cuyo solo aspecto sería suficiente para que se sintiera perder la vida y se diría que ciudad, paisaje y cielo ha sido todo transportado por una varita mágica de la patria de los moros a las llanuras de América.

Durante las largas guerras de la Independencia, Córdoba, solo de lejos, había oído el ruido de las armas concentrado en el Alto Perú y en el Tucumán. Intermediaria entre las provincias del Norte y Buenos Aires favorecía las relaciones entre esas regiones lejanas y se había enriquecido mediante esta industria pacífica. Así la guerra civil que acababa de aprisionarla le había impreso esa turbación mezclada de asombro propia del hombre arrancado brus-

---

(17) N. del T. *Plantes grasses*, dice el original, cuyo significado es plantas carnosas: las que tienen mucho tejido celular y poco tejido leñoso, lo que las hace espesas y suculentas.

camente al sueño. El primer espectáculo que, de llegada, se nos ofreció fué el de una tropa de gauchos que era adiestrada en el manejo del arma por un oficial subalterno; estos nuevos soldados parecían necesitar largas lecciones, porque mueve a piedad ver a un gaucho reducido a hacer uso de sus piernas para marchar, separado de su caballo es un ser incompleto que se siente incómodo sobre el piso, que no está habituado a hollar. La *fonda* (18) donde nos hospedamos estaba llena de oficiales jóvenes, revestidos de brillantes uniformes, que nos rodearon para conocer las noticias que traíamos referentes a la marcha del ejército federal.

Apenas habíamos tenido tiempo de satisfacer su curiosidad cuando un ayuda de campo nos vino a buscar de parte del gobernador; (19) le seguimos y atravesando la *plaza* (20) nos apercebimos de los preparativos para la defensa. Esta plaza es cuadrada como la de todas las ciudades españolas y cada uno de sus ángulos es el punto de reunión de dos calles perpendiculares la una a la otra, resultado necesario del plano en damero de acuerdo con el cual han sido ellas construidas. Una zanja profunda provista interiormente de empalizada defendía el acceso y cada calle estaba protegida por una pieza de artillería destinada a barrerlas en caso de ataque. El gobernador nos dispensó buena acogida pero rehusó librarnos pasaportes para Buenos Aires. Este nuevo contratiempo, cuyo término no podíamos prever, nos determinó a alquilar una casa en la ciudad y por el módico precio de ocho pesos por mes, tuvimos todo el primer piso de una inmensa casa situada en la principal calle, a cuya extremidad corre el Río Primero. De lo alto de la azotea dominábamos toda la ciudad, en la cual las casas no tienen generalmente más que un piso y nuestra vista se extendía a lo lejos en la campaña. Las personas a las que habíamos sido recomendadas nos proveyeron, a cual mejor, de todos los muebles necesarios para reponer el desmantelamiento de nuestra nueva habitación y esperamos los acontecimientos.

El primero, del cual fuimos testigos, fué la llegada de los Tu-

(18) N. del T. Es la palabra que emplea el autor.

(19) Lo era el General don José María Paz de acuerdo con el convenio celebrado con

(20) N. del T. En el original está en castellano.

Bustos en San Roque el 18 de Abril de 1829.

(Beverina, obra cit., pág. 153).

cumanos <sup>(21)</sup> diariamente esperados desde hacía un tiempo. Su aparición fué una fiesta para toda la ciudad y cuando entraron rodeados de una muchedumbre que se había dirigido a su encuentro, miles de aclamaciones los saludaron, lanzadas, sobre todo, por las damas que se asomaban a la reja de las ventanas de las casas agitando sus blancos pañuelos. Un solemne *Tedeum* se cantó en acción de gracias y una numerosa procesión dió vuelta a la plaza al son de cantos religiosos, de la música del ejército y de las salvas de artillería. <sup>(22)</sup> En las filas se destacaban los alumnos de la Universidad, revestidos de la toga, del birrete y de la banda, que llevaban los nuestros, hace varios siglos, porque el tiempo, que en todas partes ha modificado tan profundamente la educación ha respetado hasta hoy esa costumbre en Córdoba, como la filosofía de Aristóteles y la teología escolástica de la Edad Media. Los Tucumanos no hicieron sino atravesar la ciudad y fueron a reunirse al ejército acampado a media legua de allí en las márgenes del Río Primero. Este refuerzo lo elevaba a un poco más de tres mil hombres, cuya mayor parte habían envejecido en la guerra y regresaban de hacer la campaña del Brasil. Entre estos últimos se encontraba un regimiento de coraceros cuya bizarría habría podido rivalizar con el de las tropas europeas <sup>(23)</sup> y otro de negros que habían hecho todas las campañas de la guerra de la independencia y derramado su sangre sobre mil campos de batalla, del Ecuador a Buenos Aires. Entre tanto Quiroga avanzaba sobre la ciudad de la cual sólo se encontraba a veinte leguas. El 13 de Junio, Paz se puso en

(21) N. del T. El 7 de Junio de 1829.

(22) N. del T. "En esos días, dice el General Paz en sus Memorias (pág. 58), fui acometido de un mal de garganta que me retuvo algunos pocos días, a pesar mío. La primera vez que salí convaliente de mi casa, fué a principios de Junio para recibir la división tucumana, que venía en mi ayuda trayendo a su cabeza al Coronel don Javier López, gobernador de aquella provincia; entré a la capital y pasó sin detenerse a acamparse con el ejército que se alistaba para salir a recibir al General Quiroga cuya vanguardia asomaba ya en Río IV."

(23) A estos coraceros se refiere el General Paz:

"En la noche del 17 al 18 tuve el parte de que el ejército enemigo había llegado al Salto en el Río Tercero y que ese día había tenido lugar una fuerte y bien sostenida escaramuza que dió una fuerte lección a los contrarios;" y poco más adelante. "Tan pequeño resultado no debió apreciarse por la pérdida física de los enemigos, sino por el asombro que les causó ver a un puñado de valientes, que creían ver huir despavoridos (toda la gloria de ese día perteneció exclusivamente a los coraceros) volver improvisamente a la carga y castigar su insensata confianza." (Memorias Póstumas, pág. 61, Tº. 2º.) La fecha aludida en el párrafo transcrito es la del 17 al 18 de Junio de 1829.

marcha para encontrarlo, (24) reinando la inquietud en la ciudad a la espera de la batalla que iba a decidir su suerte. Pasaron algunos días sin que se recibieran noticias de ninguna especie.

El 19 de Junio por la tarde Córdoba ofrecía el aspecto de todas las ciudades españolas a la hora del crepúsculo. El movimiento, interrumpido por el calor durante el día, renacía poco a poco en las calles y las iglesias se llenaban de mujeres llamadas para la oración de la tarde. Esta calma de repente fué interrumpida por algunos disparos hechos en varias direcciones y por el toque de las campanas de los Dominicos situados en nuestra vecindad. "Paz ha triunfado!" pensamos al momento, precipitándonos a las ventanas para ver lo que pasaba; pero en vez del regocijo público, apercibimos gauchos galopando de todos lados y a los habitantes huyendo en desorden; un grupo de los primeros fué detenido a la entrada de una de las calles, barrida por la artillería de la plaza dudando de entrar como intimidado por la pieza que aparecía amenazante a su extremidad. En esta misma calle, situada casi frente a nuestra casa, vivía una de las principales familias de la ciudad, que nos había acogido con esa hospitalidad tan frecuente entre los criollos españoles (25). Se componía de cuatro señoritas, de las cuales una

(24) Si el articulista se refiere a la salida de Córdoba efectuada por el General Paz, nos parece que hay un error de fecha, pues, éste, en sus memorias, en la pág. 58, Tº. 2º, dice: "el 7 de Junio salió el ejército de Córdoba y con este motivo tuvo 'lugar una singular escena', etc. Error que se explica porque el señor Lacordaire, escribía ya de vuelta a Europa, pasado un tiempo de los acontecimientos relatados y fiado, talvez, de la memoria.

(25) N. del T. De acuerdo con las referencias del señor Lacordaire es indudable que la casa que alquiló estaba situada en la calle llamada "Ancha" o de "Santo Domingo", hoy llamada Vélez Sársfield y muy próxima a la de San Gerónimo (hoy 27 de Abril) y la de la familia Vélez sobre esta última y casi sobre la Ancha. No obstante y apesar de minuciosas averiguaciones que hemos practicado, no nos ha sido posible dar con la situación exacta de ambas casas, circunstancia que no excluye la continuación de indagaciones posteriores con el fin de conseguirlo.

La familia Vélez, a que se refiere el articulista es la del Doctor Dalmacio Vélez Sársfield y cuatro hijas mujeres. Aun cuando el señor Lacordaire dice: que Dalmacio era un joven que, ausente en ese momento de la casa, formaba parte de la milicia, creemos que se trata de un error disculpable en una persona de paso por la localidad, porque no hay noticias de esa actuación militar del ilustre Codificador, el que nombrado en aquel entonces, diputado por San Luis al Congreso Constituyente de 1826 y Secretario del mismo, se quedó en Buenos Aires, no estando en Córdoba los días de la Tablada.

Una de las cuatro señoritas Vélez casó con don Juan Roque, ingeniero francés, tronco de la larga familia de los *Roqué*, como generalmente ahora es conocido ese apellido. Hombre de honrosas iniciativas para el progreso de esta Provincia, entre otras la explotación de minas de plata; según el libro 6º de Claus-

se había casado con un francés, de un joven que formaba parte de la milicia y de su madre. Adivinando el terror que debía experimentar esta familia, salimos para acercarnos a ella. “Se puede pasar?”, le preguntamos a un grupo situado a la entrada de la calle. “Pasen”, nos contestó uno de ellos, “las gentes de Quiroga no hacen mal a nadie.” Esta palabra puso fin a nuestra incertidumbre: la ciudad estaba invadida por el Tigre de la Rioja. (26)

Al entrar en casa de la señora de Vélez un espectáculo inesperado nos llamó la atención. La casa se encontraba llena de mujeres de todas edades que lanzaban gritos o rompían en llanto invocando a todos los santos del calendario español. Al vernos parecieron calmarse un poco, sobre todo, cuando les ofrecimos ir en busca de una de las señoritas de la casa que había ido a la Catedral y no reaparecía. (27) Nos dirigimos allí en medio del tumulto siempre creciente en la ciudad; pero cómo describir la escena que se nos presentó al entrar? Varios centenares de mujeres, sorprendidas en medio de la oración corrían por todos lados llamando a grandes gritos, creyendo que había llegado su última hora. Todos los efectos del terror estaban allí representados, variados como los caracteres, delirante en unas, silencioso y sombrío en otras: la palidez en todas. Cerca de las puertas, un numeroso grupo se aproximaba a un hombre que acababa, bajo el peristilo mismo, de ser herido mortalmente por una bala, y al cual se le prodigaban los auxilios de la religión. Más lejos, a poca distancia del coro, el terror acababa de herir de muerte a una señora de edad, a la que se trataba inútilmente de volver a la vida.

Después de largas averiguaciones pudimos encontrar a la

---

tros del 29 de Agosto de 1825, fué nombrado profesor de dibujo en la Universidad con el sueldo de 400 pesos anuales, del ramo de escuelas.

- (26) N. del T. Lo que ocurrió el 20 de Junio a las cuatro de la tarde, más o menos, mientras tanto que el General Paz llegaba al amanecer del veinte al Salto. A las dos de la tarde de ese día el mismo ponía en marcha su ejército llegando al amanecer del veinte y uno a la márgen del Río Segundo y a las 7 de la tarde del mismo entraba a los arrabales de Córdoba, junto a los mataderos. (Memorias del Gral. Paz, pág. 69, Tº. II).

La actuación del general Quiroga desde su entrada a Córdoba, hasta los combates del 22 y 23 de Junio de 1829, acertadamente expuestos por el autor del artículo, señor Lacordaire, está de acuerdo con lo expuesto por el General Paz en sus Memorias y por el señor Tte. Coronel Beverina en su ya citada obra.

- (27) En ese momento se estaba en el Octavario de Corpus. (Memorias del Gral. Paz, pág. 68, Tº. II).

persona que buscábamos y la llevamos desfalleciente a casa de la familia.

Durante el escaso tiempo que todo eso había exigido se había hecho noche y con ella redoblado el desorden por todas partes. Los disparos de fusil, al principio aislados, lejanos, la mayor parte, se sucedían sin interrupción y acercándose más a la plaza, evidentemente el punto de ataque del enemigo. Un centenar de milicianos habían entrado apresuradamente en ella y la defendían. Al chisporroteo de la fusilería, por intervalos, se mezclaba el ruido lúgubre del cañón, cuyos disparos indicaban los esfuerzos redobladados de los enemigos ansiando llegar a la plaza por las calles que protegía la artillería. A cada instante aumentaba el número de los asaltantes como parecía indicarlo el ruido siempre creciente de los tambores y clarines que renacía y se apagaba a cada momento en medio de gritos confusos. El toque a rebato los dominaba a todos y más resonante aún se apercibía el grito salvaje que los Indios lanzan en los combates, primero interrumpido y brusco y después un prolongado alarido que parece taladrar el cielo. A media noche, esta escena de horror estaba en su apogeo. La gente de color que componía la clase baja de la ciudad se había reunido, a los bandidos de Quiroga, saqueando los almacenes, así como las casas de los unitarios que se les designaban. Los gauchos, rechazados por la artillería, habían adoptado otro plan para hacerse dueños de la plaza. Echando abajo las puertas de las casas cuyas azoteas eran contiguas a aquellas que dominaban la plaza, subían sobre estas últimas y de allí hacían fuego sobre los milicianos que la defendían. La intrepidez de estos jóvenes que, la mayor parte, oían por primera vez el silbido de las balas, hizo inútil este nuevo ataque. Como a las dos de la madrugada, los federales realizaron un último esfuerzo para destruir las empalizadas y varios se hicieron matar a quema-ropa, al tratar de echarlas abajo a golpes de hacha. Rechazados como la primera vez, cesaron en sus inútiles tentativas amortiguándose a poco las descargas de fusilería. En seguida se extinguieron del todo y al rayar el alba reinaba en la ciudad completa calma. El enemigo había desaparecido, no viéndose más que algunos rezagados dispersándose al galope. Algunos

---

(28) N. del T. Así está en el original.

que se desquitaban de las fatigas de la noche en las *pulperías* <sup>(28)</sup> que habían saqueado, volvían a montar tambaleantes sobre sus caballos a fin de alcanzar a sus compañeros. Estos grupos pasaron, unos después de otros, el Río Primero, no quedando pronto uno solo en toda la ciudad.

Entonces la recorrí con uno de mis compañeros de viaje y, desde luego, quedamos sorprendidos de no encontrar muertos en las calles: sólo dos o tres cadáveres yacían a alguna distancia de las empalizadas y, sin embargo, los asaltantes debían haber experimentado pérdidas considerables en los asaltos que les habían llevado. Esto se explicó bien pronto; en el día se descubrieron como sesenta cuerpos en una excavación natural del piso. A medida que uno de los suyos caía los gauchos lo alzaban por medio del *lazo* <sup>(29)</sup> que siempre llevan en el arzón de la montura, conduciéndolo allí para ocultar sus pérdidas. Los milicianos habían perdido poca gente, pero tenían que deplorar la desaparición de su comandante, <sup>(30)</sup> que había sufrido la quebradura del muslo a causa de dos balazos recibidos al exponerse, el primero, al fuego. Dos días después fallecía a consecuencia de la amputación.

En seguida visitamos las casas que habían sido saqueadas. El enemigo se había especializado en la del Gobernador, en la cual no habían quedado más que restos de muebles esparcidos en las habitaciones: hasta las rejas de las ventanas habían sido arrancadas. Entonces supimos que no era una simple vanguardia del ejército federal la que había sorprendido la ciudad, sino el ejército completo y que Quiroga, en persona, había dirigido el ataque: se nos mostró un fogón extinguido cerca del cual se sabía colocado mientras que bajo sus órdenes sus hombres escalaban las casas de la plaza. Su súbita aparición en Córdoba se debía a una hábil maniobra mediante la cual se le había escapado a Paz, que lo había encontrado en las márgenes del Río Segundo. Simulando aceptar la batalla que le presentaba el General unitario, lo había engañado por medio de las escaramuzas prolongadas hasta la entrada de la noche; después, aprovechando de la profunda oscuridad de ésta, había franqueado aprisa las doce leguas que lo separaban de la ciudad. Paz, retar-

(29) N. del T. Así escrito en el original.

(30) Se trata del Teniente Coronel retirado, don Agustín Díaz Colodrero, a quien alude el Gral. Paz en las Memorias póstumas. (P. 70, T° 2°).

dado por su artillería, no pudo alcanzarle; pero era evidente que lo seguía de cerca, esperándose con impaciencia el momento en que apareciera.

Al Norte de Córdoba se extiende una llanura bastante considerable, cuya superficie, mitad arenosa, mitad cubierta de pastos, está entrecortada por quebradas y montecillos: se la llama *La Tablada*. El Río Primero, al cual ella domina desde pequeña altura, sigue sus contornos y, a medida que se acerca a la ciudad, forma algunas elevaciones que se confunden con las alturas que la rodean. No se la percibe en la mayor parte de su extensión, sino de las azoteas más elevadas de la ciudad, entre las cuales se encontraba la nuestra. Hacia el medio día, dirigiéndose a la ciudad, apareció una cabeza de columna a la entrada del desfiladero. Al principio poco numerosa se aumentó después insensiblemente: sus primeros jinetes atravesaban el Río Primero cuando sus últimas filas estaban aún escondidas tras las alturas. Entró en la ciudad desplegándose en línea de batalla en la calle en que vivíamos ocupando toda su extensión. <sup>(31)</sup> Quiroga y Bustos se encontraban a la cabeza. La vista de estos dos hombres, cuyo nombre resonaba desde hacía mucho tiempo en nuestros oídos excitó vivamente nuestra curiosidad, siendo una circunstancia insignificante la que nos llevó a su presencia. Uno de nosotros examinaba los movimientos del ejército con un anteojo de larga vista cuando un hombre, que por su aire y su traje parecía ser un oficial, destacándose del grupo que rodeaba a los dos jefes federales, avanzó bajo la azotea que ocupábamos dándonos orden de llevar ese instrumento a Quiroga, que deseaba verlo y probarlo. Obedecimos la insinuación hecha de parte de un hombre tan temible; pero el propietario del anteojo de larga vista, poco dispuesto a abandonarlo había resuelto inutilizarlo retirando uno de los cristales del medio. Quiroga acababa de desmontar cuando llegamos a su lado. Sin decir una palabra tomó el instrumento y mientras lo llevaba a los ojos le examinamos atentamente. Su aspec-

(31) N. del T. De acuerdo con lo expuesto por el autor del artículo se trata de la calle "Ancha" hoy llamada "Vélez Sársfield" y "General Paz" en su extensión. Concuerta esto con lo que el mismo General Paz dice en sus Memorias al referirse a la tentativa de negociaciones por parte de Quiroga el 21 de Junio con los defensores de la ciudad: "Para dar más peso a su intimación, el general enemigo, trajo a eso de medio día, su ejército y lo formó en la calle Ancha de la ciudad que corre de Sud a Norte a dos cuadras de la plaza por el lado del poniente..." (Pág 71, Tº. II).

to no desmentía el terror que inspiraba su nombre. De estatura mediana, pero bien proporcionada, sus miembros musculosos revelaban la fuerza y la audacia; sus facciones de clásica regularidad habrían excitado admiración si, sus ojos, llenos de un brillo siniestro, que al hablar mantenía constantemente bajos, no movieran a un secreto espanto. Una espesa barba, que ocultaba a la mirada la mitad de su rostro completaba su expresión. Un sombrero de Guayaquil, un ligero poncho rayado, grandes polainas chilenas con sus macizas espuelas de plata constituían su indumentaria. Por lo demás, no llevaba nada que lo distinguiera de sus oficiales principales. Cerca de él se encontraba Bustos, el aire receloso, lijaramente aparte como atemorizado él mismo de su terrible asociado. El ejército, confuso montón de hombres reunidos por la esperanza del saqueo, el miedo y ese espíritu inquieto tan manifiesto en los gaucos, ofrecía tan diferentes vestimentas como individuos contaba. Es inútil describirlos. Quién no conoce hoy ese traje pintoresco, tomado de los Indios, al cual las clases inferiores de las colonias españolas se han demostrado fieles y que los diferencia de las más elevadas, tan parecidos éstas a los habitantes de nuestras ciudades? Una parte del ejército estaba bien provista de armas de uso común, pero el resto no tenía más que lo que la casualidad les había proporcionado, unos solo un sable, otros pistolas, y algunos un cuchillo ajustado al extremo de un palo a manera de lanza. Quiroga había de tal manera arrastrado consigo las poblaciones a su paso que había obligado hasta a los adolescentes a seguirlo. Nos devolvió en silencio el antejo en cuestión, después de haber procurado inútilmente servirse de él; como no recibimos orden de alejarnos permanecemos a su lado, a fin de ser testigos de lo que iba a pasar. Un ayuda de campo, portador de una capitulación (si es posible dar ese nombre a la orden de rendirse a discreción) que había enviado a los milicianos encerrados en la plaza, regresó con la contestación de éstos que pedían tiempo para deliberar. Quiroga tomó el papel lo leyó con una sonrisa de desdén y lo pasó por encima de la espalda a Bustos; en seguida, volviendo a tomarlo de manos de este último, tachó de una plumada todo su contenido y dió orden al ayuda de campo de devolvérselo a los sitiados con la intimación de rendirse en seguida so pena de dar el asalto a la plaza. Los milicianos que habían resistido la víspera, ignorando el número de sus enemigos, obedecieron

y se dispersaron. Entonces Quiroga entró en la plaza con una partida de su gente, subió al Cabildo, (32) nombró como gobernador provisorio de la ciudad al cuñado de Bustos y se marchó a tomar su posición de la mañana en la llanura de la Tablada, dejando quinientos hombres en la ciudad para defenderla. Todo esto se desarrolló en tres horas, pero Quiroga no podía hacer nada sin derramar sangre; la primera orden que dió al nuevo Gobernador fué la de fusilar diez personas, entre las cuales se encontraba el Gobernador unitario, sus Ministros y el Rector de la Universidad. (33) Este, hombre alto y seco, de mejillas ahuecadas, tinte cadavérico, me refirió, más tarde, lo que él llamaba el milagro por el cual había escapado a la muerte. Le pareció apropiado disfrazarse de mujer y esconderse en el campanario del antiguo colegio de los jesuítas; pero pensando después que pudiera ocurrírsele al enemigo tocar a rebato se había refugiado en una casa particular invadida por los federales, sin que éstos descubrieran su asilo. Aquí su tormento más grande era oír las conversaciones licenciosas que no cesaron de proferir esos miserables durante toda la noche. Píadosamente creí al Rector. Su crimen consistía en haber vacilado un poco en sus opiniones políticas. Mientras que Bustos fué Gobernador había tratado a Quiroga de pilar de la religión, de nuevo Matathias; después, cuando el general Paz se hubo apoderado de la ciudad, había dado a su ídolo el nombre fatal de "Tigre de la Rioja". Pero el Tigre no perdonaba cambios que, en otras partes, obtienen tanta indulgencia.

Córdoba sufrió en silencio el nuevo yugo que acababa de recibir. La situación no era desesperada porque Paz todavía no había aparecido. Al día siguiente el sol brillaba en todo su esplendor, estando todas las miradas dirigidas hacia el Este, de donde debía aparecer el ejército unitario. Pasada una larga espera, algunos ponchos rojos aparecieron en las alturas en medio de nubes de polvo: eran las descubiertas tucumanas del ejército. Pronto les sucedieron los otros y al fin el ejército entero se dejó ver avanzando a toda prisa. A medida que sus diversos cuerpos aparecían la ansiedad crecía en todos los corazones. Se desplegó en la llanura de la

(32) N. del T. El Gral. Paz al salir de Córdoba para encontrar a Quiroga (el 7 de Junio) había delegado el gobierno en el jefe de Policía, don Pedro Juan González.

(33) N. del T. Lo era entonces el sacerdote doctor José María Bedoya, (Vice en ejercicio del Rectorado).

Tablada frente al ejército federal, que hasta ese momento se había mantenido inmóvil en sus posiciones de la víspera. Después de prolongadas maniobras, ocultas en partes para nosotros a causa de la desigualdad del terreno y durante las cuales nuestra impaciencia crecía, como en otro tiempo la de la multitud esperando la aparición de los gladiadores en el circo, largas filas de bayonetas brillaron en la llanura y el estampido de la fusilería se dejó oír mezclado al de la artillería. No son esos combates como las batallas entre nosotros, en las cuales estas dos armas deciden ordinariamente la victoria. <sup>(34)</sup> La infantería en la América del Sud no juega, por lo general, sino un rol secundario. Los gauchos acostumbrados desde la infancia al combate a cuchillo, con el cual deciden todas sus querellas particulares, afrontan sin miedo el arma blanca, pero experimentan una repugnancia mecánica por las de fuego. Los dos ejércitos se encontraban tan cerca de nosotros que con ayuda del anteojo de larga vista distinguíamos cada uno de los hombres que lo componían. La fusilería disminuyó prontamente y, en medio de la humareda, que se disipaba con lentitud, vimos cargarse los escuadrones con furor. Quiroga había opuesto sus mejores hombres a los coraceros de Paz, por siete veces sus cargas llegaron a quebrarse contra ellos, cubriéndose la tierra de muertos. A medida que un destacamento fracasaba en sus ataques se retiraba en desorden detrás de las últimas filas, tomando otros su lugar. El resto atacaba con el mismo encarnizamiento a los tucumanos, que menos aguerridos, tan pronto ganaban terreno como retrocedían en desorden y volvían al combate después de haber repuesto sus filas. Esta lucha sangrienta duraba desde hacían dos horas, pero nada anunciaba a cuál de los dos bandos correspondería la victoria. Llegó la noche sin separar a los combatientes. Nosotros nos perdíamos en conjeturas respecto al final del asunto, cuando, a eso de las dos de la mañana, en medio de una profunda oscuridad, oímos los pasos precipitados de tropa que se dirigía a la plaza. Poco después volvió a pasar en mayor número y acompañada de un ruido sordo que reconocimos ser el de la artillería: era una parte del ejército federal que, vencido, venía a rehacerse en la ciudad y buscar las piezas

(34) N. del T. Sobre el rol de la artillería en la Tablada puede verse: Memorias Póstumas del General Paz, pág. 79, Tº. II y Tte. Coronel Beverina, obra citada, pág. 175.

que la defendían. Al rayar el alba fuimos despertados por un cañonazo seguido del fuego de la fusilería, más vivo que el de la víspera. El combate acababa de recomenzar. (35) Pronto el pasto seco de la llanura se incendió en medio de los combatientes y espesos remolinos de humo los envolvieron. Después de dos horas, durante las cuales nada pudimos percibir, aparecieron huyendo hacia la ciudad algunos gauchos, jadeantes de cansancio y cubiertos de sangre; la atravesaron rápidamente esparciéndose de un lado a otro. Casi en el mismo instante les siguieron otros y pronto vimos dispersarse al ejército federal entero en todas direcciones a través del campo. El número más grande de fugitivos se dirigió del lado de la sierra perdiéndolo prontamente de vista. Los otros volvieron a la ciudad en pequeños grupos.

Mientras que una parte del ejército unitario perseguía a los vencidos, Paz entró en Córdoba, arrojando delante de sí algunos restos de gauchos que se retiraban haciendo fuego. Llegado a la entrada de la misma calle donde se había detenido Quiroga envió a uno de sus ayuda de campo a intimar la rendición de los federales de la plaza. Este oficial llamado Tejedor (36) uno de los hombres más apuestos del ejército, era oriundo de Mendoza y se había distinguido en la guerra contra el Brasil. Una joven de Córdoba, cuyo afecto había conquistado debía unirse a él dentro de poco tiempo. Llegaba a la Plaza cuando de lo alto de una azotea cuatro miserables hicieron fuego sobre él a boca de jarro. El infortunado cayó sin vida, regresando a galope el asistente que lo acompañaba a dar a la noticia de este horrible asesinato. Paz, en esta circunstancia, no ejerció ninguna de las represalias autorizadas por las leyes de la guerra, bien que, el ejército, a grandes voces pidiera asaltar la plaza, donde probablemente ninguno de los que se habían re-

(35) N. del T. El señor Lacordaire se refiere al segundo combate de la Tablada en la madrugada del 23 de Junio, a cuyo suceso el General Paz en sus Memorias se refiere en la pág. 84, tomo 2º, en adelante.

(36) N. del T. En el parte de la batalla de la Tablada, el General Paz dice: "El "recomendable capitán, ayudante de campo del general que suscribe, don Dionisio Tejedor, fué encargado de aquella operación, la que desempeñó, volviendo con "la contestación de que solo pedía las vidas, la guarnición, y que la plaza estaba "pronta a entregarse. Se le hizo regresar, otorgando lo que se le pedía, y llevando el signo sagrado de parlamentario; pero una partida de malvados, que "ocupaban una azotea, hizo fuego sobre él, y privó a la patria de este joven "benemérito."

fugiado habría escapado a la muerte. Se rindieron inmediatamente y los cuatro asesinos, que no pudieron escaparse, pagaron con su vida el crimen que acababan de cometer. El propietario de la casa que había servido a la acechanza federal, conocido como tal, fué condenado a una multa de cuatro mil pesos que abonó en seguida. La muerte de Tejedor no fué la única que tuvieron que deplorar los unitarios: otro hombre joven, no menos digno de ser sentido y cuyo nombre se me escapa <sup>(37)</sup> pereció al mismo tiempo que aquél, arrebatado por su coraje se había introducido imprudentemente en la ciudad seguido sólo de cinco hombres. Los gauchos en su retirada apercibiendo esta pequeña tropa aislada cargaron sobre ella, pereciendo todos después de haber vendido cara su vida. Sus cadáveres mutilados, a la vez, en una forma horrible y obscena, fueron llevados a la plaza en el momento en que en ella penetraba el ejército, en medio de las aclamaciones de la muchedumbre. Allí se quiso, en vano, mantener el orden en las filas: cada oficial, cada soldado, oprimido entre los brazos de un hermano, de un amigo, de un desconocido compartía el entusiasmo general. Espectadores emocionados de esta escena patética, nosotros mismos no pudimos escapar a los abrazos del buen Rector del Colegio, <sup>(38)</sup> quien pálido, riendo y llorando a la vez, se precipitaba con los brazos abiertos sobre todos los que se encontraban a su alcance.

Al día siguiente montamos a caballo a fin de visitar el campo de batalla: estaba desierto, despachándose las aves de rapiña a su gusto, sólo algunas carretas cargadas de muertos lo atravesaban lentamente, dirigiéndose a varios grandes y profundos pozos donde desaparecían juntos vencedores y vencidos. Más tarde supimos por el mismo jefe de Policía que se habían enterrado allí mil diez y seis

(37) N. del T. Se refiere al Capitán Rafael Correa, de quien el General Paz dice: "Antes de separarme del Coronel La Madrid despaché a mi ayudante de campo "Capitán Correa, con una mitad de coraceros, para que aproximándose a la ciudad, obtuviese noticias de lo que allí pasaba y me las trasmitiese, pero con la "orden expresa de no penetrar en ella, ni exponerse imprudentemente. Hizo todo "lo contrario, entró por las calles, por donde cruzaban aún gruesas partidas del "enemigo: una o varias de ellas, lo cargaron con fuerzas cuádruples, lo mataron "y dispersaron su tropa. Algunos de los dispersos me anunciaron esta desgracia "y llegué a persuadirme de que la plaza se resistía aún." Memorias Póstumas, pág. 94, T.º II.

(38) N. del T. Alude al mismo doctor Bedoya que tenía al propio tiempo que el de Vice-Rector de la Universidad el de Rector del Colegio de Monserrat. (Ver Bosquejo histórico de la Universidad, por J. M. Garro, pág 319.)

muertos, pérdida enorme para tan reducidos ejércitos, pero que se explica por el encarnizamiento de las dos partes y la clase de armas usadas. Había pocos heridos, porque para los gauchos todo hombre que cae es hombre perdido; entre nosotros, el soldado en un entrevero derriba a su enemigo y pasa; pero el gaucho se ensaña sobre él y lo hiere todavía aún cuando ni sus golpes pueda ya sentir: los que han hecho la guerra de la Península saben algo de esto. La noble sangre española no está todavía enteramente purificada de la mezela aportada por los moros en los pasados tiempos.

Quince días después de la batalla, un correo llegado de Buenos Aires trajo la noticia de que una suspensión de hostilidades acababa de concertarse entre los unitarios y los federales que bloqueaban la ciudad. Los dos partidos habían convenido en diferir a una elección general la forma definitiva de gobierno a adoptarse. Partimos, llegando dos días antes de las elecciones: la noticia que traíamos cambió su resultado, el que probablemente habría sido en favor de los federales. Sus adversarios se llevaron la victoria; pero los federales que tenían el poder en la mano, rehusaron someterse a la opinión pública que ellos mismos habían invocado y poco después de nuestra llegada tomaron posesión de la ciudad y eligieron a Rosas, su jefe, como Gobernador. Así, por uno de esos juegos de la suerte, que se burla de las naciones como de los individuos, el centro del unitarismo se encontró transportado de Buenos Aires a Córdoba y *vice-versa*.

En cuanto a Quiroga, después de su derrota, había huído a la Rioja entrando la muerte con él. Mediante un ardid infernal se hizo preceder de algunos de los suyos, portavoces de que había perecido en la batalla. Los infortunados habitantes se entregaban al contento cuando apareció entre ellos. Elijió veinte y siete, entre los que se encontraban algunos extranjeros, cuya condición no los pudo sustraer a la muerte, y los hizo fusilar. Más tarde, este hombre y su partido han triunfado en toda al extensión de la República, y la batalla de la Tablada, hoy olvidada, no constituye más que un nombre funesto que debe agregarse a la larga lista de las que han precedido las discordias americanas.

JUAN GUALBERTO GARCÍA.